

Así, pues, ya no vemos aquella ley natural que, al primer golpe de vista nos hizo esperar el sistema del doctor Loudon, ley que debe obrar sola y sin el auxilio del hombre en todos los momentos de la vida social é individual, sin interrupciones ni sacudidas. En este sistema, como en todos los demás, la naturaleza no previó nada; y si el hombre no interviene de repente en el progreso de sus generaciones, sea por medio de la abstinencia, eradicación ó prostitución, sea, en fin, por una prolongación de servicio del órgano mamilar á expensas del genital, la población se desborda, los víveres faltan, la sociedad se turba y muere. ¿No es siempre el mismo sofisma?

Y despues de todo, ¿cómo imponer á las mujeres, cuya misión social se ensancha cada vez más, este trabajo de lactancia interminable que para una madre de cuatro hijos, será una esclavitud de diez y seis años, y esclavitud inútil en su mayor parte para el vigor de los niños? Si se le dió al hombre la inteligencia para que se emancipase de la opresión de la animalidad, ¿no es esta la ocasión de interpretar las leyes de su organismo modificando su aplicación con arreglo á las leyes superiores de la sociedad? Yo concibo, en una horda pobre y desnuda, la prolongación del período de la lactancia, porque no pudiendo el niño tomar alimentos demasiado rudos; no tienen más recurso que el pecho de su madre; pero con el bienestar que nos dá el trabajo, con el dominio que el hombre ejerce sobre los animales, cuyas hembras le sirven de amas de cría, la condición de la mujer cambia, y el hecho de someterla de nuevo á leyes que fueron abrogadas por sesenta siglos de civilización, es hacerla retroceder hasta el bruto. La lactancia trienal es una miseria que viene á sustituir otra; y en este concepto, la teoría del doctor Loudon tiene también su parte de inmoralidad.

Observemos también que esta teoría, hija como todas las demás, de la falsa hipótesis de Malthus, tampoco resuelve la dificultad que se propone vencer. Supongamos por un momento que la costumbre de la lactancia trienal se halla establecida en todas partes: la población permanece estacionada: perfectamente; pero la miseria sigue siempre su camino, supuesto que tiene por principio, no la población, sino el monopolio, y que se anticipa incesantemente á la producción y al trabajo. Así, pues, la miseria continuaría despoblando el mundo, y bien pronto nos veríamos precisados á favorecer la población por medio de la precocidad de los matrimonios y la reducción del período de lactancia, único modo de reparar las pérdidas de la clase trabajadora.

Por último, es evidente que el sistema de lactancia trienal todavía deja más indeciso el problema de la población en sus relaciones con el globo, supuesto que hay que elegir de dos cosas una: ó bien, á pesar de los tres años de lactancia, las mujeres tendrán siempre bastantes hijos para que la población aumente, en cuyo caso no se sabe cuál será el límite de este progreso, ó bien la población permanecerá estacionaria y hasta retrogradará, en cuyo caso todo en la humanidad se hará estacionario y retrógrado, y entonces, gracias á este estacionamiento y á esta retrogradación, las relaciones de la humanidad con el planeta que habita serán nulas, y el hombre permanecerá extraño á la tierra, lo cual es absurdo.

En resumen; las soluciones propuestas, tanto por los socialistas como por los economistas, parten de una falsa hipótesis, no se apoyan en nada que sea íntimo á la naturaleza y esencial al orden económico, y son falsas, contradictorias, impracticables,

impotentes é inmorales. Que el hombre descubra en su esfera su actividad amorosa, como cree haberlo descubierto en su esfera de actividad industrial, el secreto de gozar sin producir, y veremos en el amor, en el matrimonio y en la familia, lo que hemos observado en el trabajo, en la competencia, en el crédito y en la propiedad: veremos el amor convertido en una excitacion espasmódica y nerviosa; la promiscuidad suceder á la fidelidad conyugal, como el ágio sucede al cambio; la sociedad se corromperá por las mujeres, como se corrompió por el monopolio; el cuerpo político caerá por fin convertido en podredumbre, y la humanidad dejará de existir.

II.

El problema subsiste, pues, como el principio; á nosotros nos toca ahora entrar en una nueva investigacion.

Está probado que la humanidad tiende á desarrollarse siguiendo una progresion geométrica 1. 2. 4. 8. 16. 32. 64... indefinida.

Está probado tambien que el desarrollo de esta misma humanidad, en capital y en riqueza, sigue una progresion más rápida todavía, y que cada uno de sus términos puede considerarse como el cuadrado del número correspondiente de la primera, 1. 4. 16. 64. 256. 1024. 4096... á lo infinito.

Estas dos progresiones, paralelas y solidarias, encadenadas la una á la otra por un lazo indisoluble, sirviéndose recíprocamente de causa y de efecto, y que expresan más bien una tendencia que una verdad rigurosa, están sujetas, en cada uno de sus términos, al mismo período de tiempo.

Consignado este primer punto, falta saber cómo

esta tendencia de la humanidad á multiplicarse, lo mismo en poblacion que en productos, se limita por sí misma, supuesto que es geoméricamente imposible que el crecimiento se sostenga con la misma intensidad durante la existencia del mundo, cuando podrian bastar dos ó tres siglos para cubrir la superficie del globo de hombres y de productos. Además, si Dios nos mandó crecer y multiplicarnos y LLENAR LA TIERRA, no nos dijo que traspasásemos los límites, como el mismo precepto nos lo indica.

¿Cuál es, pues, el límite natural del progreso humano en poblacion y en riqueza?

Observamos, ante todo, que el período en el cual se realiza la duplicacion del número de almas y la cuadruplicacion correspondiente de la riqueza, es esencialmente variable, y que bajo la accion de diversas causas, cuya legitimidad ó anomalía no debemos examinar aún, fué de 14, 18, 20, 25, 50, 500 1000 años y más. Luego vemos ya que esta movilidad del período multiplicador, contiene la solucion del problema, supuesto que, si este período es susceptible de prolongarse indefinidamente, debe llegar un momento en que la poblacion y la produccion, aumentando siempre, permanezcan estacionados. Lo que importa es que la causa que determina la prolongacion del período, y como consecuencia, el inmovilismo numérico de la humanidad, sea íntimo á la organizacion social, esté exenta de toda violencia, represion y arbitrariedad, y que resulte del libre y completo ejercicio de nuestras facultades. Lo que importa es que el equilibrio que debe resultar de ahí, se haga sentir, no sólo en la humanidad entera, sino en cada una de sus fracciones, nacion, ciudad, familia, individuo; no sólo en una época más ó ménos remota, del porvenir; sino en todas las

épocas de la historia, en cada siglo, en cada día y en cada minuto de la vida social é individual.

Ahora bien: esta causa, desconocida todavía, y que según todas las apariencias debe ser lo que hay de más importante para la humanidad y de más íntimo á la sociedad y al hombre, la habríamos descubierto infaliblemente, si se demostrase que la suma de trabajo, en vez de disminuir, aumenta siempre, no sólo en razón del número de los trabajadores, sino también en razón del progreso realizado en la industria, en la ciencia y en el arte, de modo que el aumento del bienestar fuese verdaderamente para el hombre, la expresión del aumento de su tarea. De este progreso en el trabajo, resultaría que el período de multiplicación de los productos se prolongaría constantemente y llegaría un momento en que la humanidad, trabajando siempre, ni acumularía ni capitalizaría nada... La producción humana habría llegado entonces á su grado máximo, y sólo faltaría ver de qué modo la población, siguiendo el mismo paso, se detendría en este máximo, supuesto que ambos términos, población y producción, son necesariamente conexos y solidarios.

Ocupémonos primeramente del trabajo.

Este es el primer atributo, el carácter esencial del hombre. El hombre es trabajador, es decir, creador y poeta; emite ideas y signos, á la vez que rehace la naturaleza, produce y vive de su propia sustancia, como lo indica la frase popular, *vivir de su trabajo*.

El hombre, pues, es el único animal que trabaja, dá la existencia á cosas que la naturaleza no produce, que Dios es incapaz de crear porque las facultades le faltan, así como el hombre, por la especialidad de las suyas, no puede hacer nada de lo que el poder divino realiza. El hombre, rival de Dios,

trabaja como Dios, aunque de distinta manera; habla, canta, escribe, narra, calcula, concibe planes y los ejecuta, pinta y talla imágenes, celebra los actos memorables de su existencia, instituye aniversarios, se irrita con la guerra, provoca su pensamiento por la religión, la filosofía y el arte. Para subsistir, pone en movimiento toda la naturaleza, se la apropia y se la asimila; en todo lo que hace pone por su parte la conciencia y el gusto; pero lo más sorprendente es que, por la división del trabajo y por el cambio, la humanidad entera obra como un solo hombre, y sin embargo, en esta comunidad de acción, cada individuo se siente libre é independiente. En fin, por la reciprocidad de las obligaciones, el hombre convierte su instinto de sociabilidad en justicia, y como garantía de su palabra, se impone penas. Todas estas cosas que distinguen exclusivamente al hombre, son las formas, los atributos y las leyes del trabajo, y pueden considerarse como una emisión de nuestra vida, como una emanación del alma.

Los animales se agitan bajo el imperio de una razón que excede á su conciencia; sólo el hombre trabaja, porque sólo él concibe su trabajo, y con el auxilio de su conciencia, forma su razón. Los animales que calificamos de trabajadores por metáfora, son puras máquinas movidas por la mano de uno de los dos creadores antagonistas, Dios ó el hombre. Los animales no conciben nada, y por lo tanto, no producen: los actos exteriores que algunas veces parecen acercarlos á nosotros, el talento innato que algunos tienen para albergarse, hacer provisiones y vestirse, no se distinguen en ellos, en cuanto á la moralidad, de los movimientos de la vida orgánica, y son completos, sin perfeccionamiento posible desde el primer instante. Bajo el punto de vista de la

conciencia, ¿qué diferencia descubrimos entre la digestión del gusano de seda y la construcción de su capullo? La golondrina que incuba, ¿en qué es inferior á la que construye su nido?

¿Qué es, pues, el trabajo? Nadie lo ha definido todavía. El trabajo es la emisión del espíritu: trabajar es gastar su vida; trabajar, en fin, es sacrificarse, es morir. Que los utopistas no nos hablen más de abnegación; esta es el trabajo que se expresa y se mide por sus obras.

El hombre muere de trabajo y de abnegación, ya agote su alma, como el soldado de Maratón, en un esfuerzo de entusiasmo, ya consuma su vida por un trabajo de cincuenta ó sesenta años, como el obrero de nuestras fábricas, como el paisano de nuestros campos. Muere porque trabaja; ó mejor dicho, es mortal porque nació trabajador: el destino terrestre del hombre es incompatible con la inmortalidad.

Los animales sólo tienen un modo de consumir su vida, que les es común con el hombre, y consiste en la generación. En algunas especies, la vida dura hasta el instante de la reproducción; realizado este acto supremo, el individuo muere; agotó su vida, y no tiene razón de ser. En las especies que llamamos trabajadoras, como las abejas y las hormigas, el sexo está reservado á los individuos que no trabajan; los obreros no tienen sexo. Entre los animales que el hombre sometió, los que trabajan con él pierden bien pronto su vigor, se quedan flacos y pesados, y el trabajo se convierte para ellos en una vejez prematura.

Por último, el trabajo no es una condición de los animales; por eso si se suprime al hombre, hay solución de continuidad en la naturaleza, mutilación, desmayo, y por consiguiente, tendencia á la muerte.

En la naturaleza, el equilibrio se establece por

medio de la destrucción. Los herbívoros, los roedores, etc., viven á expensas del reino vegetal que consumirían bien pronto, si no sirviesen de pasto á los carnívoros que, después de haberlo devorado todo, acabarían por devorarse los unos á los otros. La exterminación aparece, pues, como ley de circulación y de vida en la naturaleza. El hombre, como animal, está sometido á la misma fatalidad; disputa su subsistencia á las ballenas y á los tiburones, á los lobos, tigres, leones, ratones, águilas é insectos que persigue y mata. En último resultado, se hace la guerra á sí mismo y se come.

Pero no es así como debe cerrarse el círculo de la vida universal; y todo lo que la química moderna nos dice con respecto á esto, es un ultraje á la dignidad humana. No es bajo la forma de sangre y de carne como el hombre debe alimentarse de su propia sustancia; es bajo la forma de pan; es, en fin, del producto de su trabajo. *Hoc est corpus meum*. Deteniendo las anticipaciones de la miseria, el trabajo hace desaparecer la antropofagia; al mito feroz y divino sucede la verdad humana y providencial; el trabajo forma la alianza entre el hombre y la naturaleza, y su perpetuidad queda asegurada por el sacrificio voluntario de aquel *Sanguis fœderis quod pepigit Dominus*. Así, la tradición religiosa, espira en la verdad económica; lo que anunciaba el sacrificio eucarístico de Jesucristo y de Melchisedech, lo que expresaba ántes el sacrificio sangriento de Aarón y Noé, lo que indicaba más antiguamente todavía el sacrificio humano de la Táurida, lo anuncia de nuevo y lo declara la institución moderna del trabajo: el universo se funda en el principio de la manducación del hombre por el hombre; ó en otros términos, la humanidad vive de sí misma.

Pero si la humanidad viviendo de su trabajo, vive,

por decirlo así, de su propia vida, la subsistencia de la humanidad, y por consiguiente su fuerza vital, es necesariamente proporcionada á su emision industrial: ¿cuál es, pues, la potencia de esta emision?

Llegamos ya al hecho más considerable de la economía política; al que más digno nos parece de excitar las meditaciones del filósofo: me refiero al aumento, ó por mejor decir, á la agravacion del trabajo.

En el estado de indivision, cuando el comercio es nulo y cada cual produce todo para sí, el trabajo se encuentra en su mínimo de fecundidad.

La riqueza aumenta como el número de sus individuos. Entónces la tierra no puede sostener más que un pequeño número de habitantes, y parece como que se estrecha ante el bárbaro; la población tiende incesantemente á sobrepajar la produccion siguiendo la relacion indicada por Malthus, y bien pronto, luchando por todas partes con sus propios límites, se consume y muere.

En la division del trabajo, las máquinas, el comercio, el crédito y todo el aparato económico, la tierra ofrece al hombre recursos infinitos: entónces se extiende ante el que la explota; el bienestar toma la delantera á la población, y *la riqueza crece como el cuadrado del número de los trabajadores.*

Pero al lado de este doble movimiento de la población y de la produccion, se manifiesta otro desconocido hasta hoy de los economistas, y que el socialismo no tuvo cuidado de examinar: me refiero á la agravacion del trabajo.

En una sociedad organizada, la suma de trabajo, aunque parece disminuir por la division, las máquinas, etc., aumenta continuamente para el trabajador colectivo y para cada uno de los individuos, y

esto por el hecho mismo y en razon del progreso económico. De modo que, cuanto más se perfecciona la industria por la ciencia, el arte y la organizacion, más aumenta el trabajo para todo el mundo en intensidad y en duracion (calidad y cantidad), y más, por consiguiente, la produccion relativa disminuye. De aquí se deduce esta consecuencia: en la sociedad, *multiplicidad* de productos es sinónimo de *multiplicacion* de trabajo.

Esto es lo que me propongo demostrar ahora.

Volvamos por última vez á la teoria de Ricardo. Supongamos cuatro calidades de tierra, A, B, C y D, que producen, con iguales gastos y una misma superficie, A 120, B 100, C 80 y D 60. Si se comparan entre sí las propiedades de estos cuatro terrenos diferentes, es claro que el primero es rico, el segundo cómodo, el tercero mediano y el cuarto pobre. Pero relativamente al hombre colectivo, ¿qué significa esta desigualdad de fortunas? Por un lado, que la sociedad, á medida que pasó del cultivo de las tierras de primera calidad á las de segunda, tercera y cuarta, se empobreció realmente; por el otro, que para conservar el bienestar que habia encontrado explotando la primera clase de terrenos, tuvo que inventar medios de accion que, para la misma superficie, y cualquiera que fuese la calidad del suelo, permitiesen aumentar el producto. Luego, no sólo la sociedad venció la miseria que producía la calidad desigual de las tierras, sino que aumentó su capital y su bienestar primitivo; y aumentó este bienestar, no sólo para los trabajadores que hicieron los primeros desmontes, sino para todos los que vinieron despues. Fué, pues, necesario que el hombre supliese la inercia del suelo, que hiciese pasar á la materia una cantidad de su sustancia cada vez mayor; fué necesario, en fin, que trabajase cada vez

más. De cualquier modo que se considere la cosa, habiéndose aumentado el bienestar, á pesar de la esterilidad creciente de la tierra y la multiplicacion de los consumidores, la suma de trabajo debió aumentarse forzosamente para la sociedad y para cada uno de los individuos, salvo los privilegios y perturbaciones que hay que deducir.

Lo que nos seduce en este punto, son las oscilaciones del valor producidas por la introduccion de las máquinas; oscilaciones que, proporcionándonos siempre, despues de una perturbacion momentánea, un aumento de bienestar, nos parecen otros tantos pasos dados hácia el reposo, cuando en realidad sólo expresan la acumulacion de nuestra tarea.

Y en efecto: ¿qué es una máquina? Un método de trabajo abreviado. Luego, siempre que se inventa una máquina, puede decirse que habia exceso de necesidades, inminencia de miseria. El trabajo no bastaba ya, y viene la máquina á restablecer el equilibrio, y muchas veces, hasta proporciona algun tiempo de descanso. Bajo este punto de vista, la máquina prueba la agravacion del trabajo.

Pero... ¿qué es una máquina, preguntamos todavía? (llamo sobre esto toda la atencion del lector). Un centro particular de accion que tiene su policía, su presupuesto, su personal, sus gastos, etc., y al cual, directa ó indirectamente, se subordinan todos los demás centros de produccion, frente á frente de los cuales se encuentra á su vez en relacion subalterna. Vemos, pues, que una máquina, al mismo tiempo que es un manantial de beneficios, es un foco de gastos y un principio de servidumbre, supuesto que, cualquiera que sea la máquina que la industria ponga en movimiento, el motor es siempre el hombre: los instrumentos que construye, no tienen más potencia que la que él les comunica, y

se vé precisado á renovarlos continuamente. Cuanto más se rodea de instrumentos, tanto mayor es su vigilancia y su pena: que el conductor, que el fogonero abandone por un instante la locomotora, y el maravilloso carruaje, cuyas ruedas, como dice el profeta, parecen animadas por un espíritu, *spiritus erat in rotis*, se detiene al instante. Que el mecánico deje, por un solo dia, de examinar las piezas, y no durará seis semanas; que el minero deje de proporcionarle el combustible, y no se moverá jamás.

Y en último resultado, ¿á qué tienden estos esfuerzos inusitados? ¿Para qué todo este lujo de ingenio y este trabajo de gigantes? Para obtener de la tierra las riquezas que nos niega, para hacer fecundas ciertas regiones que eran estériles, y dar valor á terrenos de vigésima y trigésima calidad. Un establecimiento industrial es un arrendamiento á medias para explotar un desierto.

Luego, si á cada invencion nueva, si á cada desmonte queremos sostenernos en el grado de bienestar que ántes habíamos adquirido; si hasta deseamos aumentarlo, es absolutamente necesario que cada uno de nosotros cargue con una parte de los gastos que la explotacion de las últimas tierras exige; sin esto, el que era ántes más rico, el propietario del terreno A, por ejemplo, será bien pronto el más pobre. Luego, en fin, cuanto más progresamos en poblacion y en riqueza, tanto más se agrava nuestro trabajo. Yo siento no poder dar una fórmula más elegante á una proposicion tan exacta.

Como prueba del aumento del trabajo, cité en el capítulo IV el ejemplo de los caminos de hierro, en los cuales se vé el trabajo servil multiplicándose de una manera espantosa; y ahora, para terminar, diré algunas palabras sobre lo que sucede en las minas.

¿Qué cosa es más sencilla y ménos dispendiosa, al

parecer, que tomar la hulla en esos vastos depósitos que la naturaleza nos preparó como una transición entre el combustible vegetal y el agente universal de calor y de luz que la ciencia no pudo descubrir aún, y al cual tendremos que recurrir bien pronto si no queremos ver el porvenir cerrado ante nosotros? Pues bien: apenas el trabajo dió los primeros pasos, cuando una industria, una ciencia organizada con proporciones inmensas, apareció de repente. Yo no puedo entrar en los detalles de las operaciones inmensas y complicadas que supone una explotación mineral; pero una simple nomenclatura bastará para el objeto que me propongo.

Se cuenta en el personal de una mina: el director, el ingeniero, los comisionados, el gobernador, los picadores, acarreadores, directores de caballos, cargadores, leñadores, reparadores, cantoneros, terraplenadores, ligadores, palafreneros, mineros, recibidores de carbon y de agua, maquinistas, fogoneros, obreros de yeso, apartadores de piedras, peones de albañil, empleados en el yeso, carreteros, forjadores, cargadores de wagones, albañiles y mozos. Olvido sin duda algunos, pero no hago más que tomar esta lista de los estados de salidas de una mina del Loira.

Añadid ahora las industrias que prestan sus servicios para abrir los pozos, confeccionar los útiles, trasportar los materiales que se emplean en la extracción, y la hulla misma; considerad que para sostener toda esta gente, que llegó á ser necesaria por falta de combustible, para hacer frente á todos estos gastos y conservar el bienestar que ántes se habia obtenido, fué preciso aumentar en la misma proporcion el rendimiento agrícola, industrial y comercial, crear nuevas industrias, provocar por todas partes mayores esfuerzos y nuevos gastos; conside-

rad esto, repito, y decid, si es posible, en qué enorme cantidad debió aumentarse el trabajo primitivo.

Sucede con toda empresa industrial, y con las máquinas que la representan, lo que con la tierra: para hacerla prosperar, se necesitan capitales siempre crecientes; lo cual quiere decir que, so pena de ver la riqueza disminuir y el bienestar desaparecer, es preciso que la tarea del trabajador aumente sin cesar. Imaginarse que con el auxilio de las máquinas podremos hacernos ricos y suprimir ó reducir á la vez nuestro trabajo, es buscar la perpetuidad del movimiento en donde no puede existir, en seres inertes y sujetos á una deterioracion incesante; es suponer efectos mayores que sus causas. Así como en la naturaleza nada se crea de nada, así tambien, en el órden económico, el hombre no produce más que lo que saca de su propio seno, y los límites de su vida son á la vez los de su fecundidad (1).

Presentemos esto de una manera más clara. Supongamos que la producción anual de Francia se eleva á diez mil millones de francos. Tomando el franco por unidad métrica de comparación de los valores, la suma de trabajo por persona es de 394. Luego, si la producción dobló en Francia desde hace cincuenta años, mientras la población no se au-

(1) Se acaban de anunciar al mundo científico los experimentos de un agrónomo inglés, de los cuales resulta que se puede doblar la cantidad de los abonos en un terreno sin obtener una cosecha sensiblemente mayor. Era preciso vivir en el siglo XIX para necesitar semejante demostración. No se fabrica un hombre con papilla, sino que es necesario un niño que la consuma y la digiera; y aún así, ha de ser con cierta medida. Por la misma razón, cuando se probase que un hombre dá bastante excremento para reproducir su subsistencia, con esto no habríamos adelantado nada, supuesto que se necesita tierra. Sembrad trigo en el estiércol, y recogeréis ménos que si lo hubiéseis sembrado en un terreno preparado. Para aumentar el producto, es preciso aumentar la superficie cultivable, y por consiguiente, el trabajo. Los abonos, naturales ó artificiales, no faltarán nunca.

mentó en la mitad, se sigue que la Francia, cuatro veces más rica hoy que ántes, trabaja cuatro veces más hoy que hace cincuenta años. Esta cuadruplicacion de trabajo, no debe entenderse de un número cuádruplo de días, no, porque es preciso tener en cuenta los progresos de la industria y de la mecánica: yo digo que el trabajo se cuadruplicó, *tanto en intensidad como en duracion*; que el aumento pesa sobre el alma y sobre el cuerpo á la vez, con lo cual en nada hace variar la suma. Las máquinas no hacen más que abreviar y suplir ciertas operaciones *manuales*, pero no disminuyen el trabajo: lo que ántes exigíamos á los músculos, pasó al cerebro: el trabajo no cambió en nada sino en su modo de accion, supuesto que de la parte física pasó á la intelectual. Si se prueba, pues, que el hombre triunfa incesantemente, por la fuerza que le es propia, de la inercia creciente de la naturaleza y del aumento de sus necesidades, quedará tambien demostrado que la suma de su trabajo aumenta siempre.

Los hechos abundan para probar este aumento continuo del trabajo, y la indiferencia con que pasamos á su lado sin verlos, me admiró siempre.

En los centros industriales, como París, Lion, Lille y Rouen, el término medio del trabajo, respecto á la duracion solamente, es de 13 á 14 horas. Los amos, como los empleados y criados, participan de este trabajo de esclavos; y en el comercio, sobre todo, no es raro que las sesiones lleguen á 18 horas. La infancia y el sexo femenino no están exentos de esta pena. El legislador se ha conmovido en estos últimos años ante las horribles servidumbres corporales con que la industria recarga á los niños y á las mujeres; la prensa no supo ver en los abusos denunciados desde la tribuna, más que la ambicion y la barbarie de los explotadores, pero nadie se pro-

puso estudiar la fatalidad económica; no vieron que en nuestra sociedad, el trabajo como el capital, no se detiene nunca; que así como éste crece por el interés compuesto, aquél se agrava indefinidamente por la division y las máquinas. El trabajo y el capital, como la creacion y el tiempo, son cosas que se persiguen siempre sin poder alcanzarse; pero llega un momento en que, ni el capital puede aumentarse por la usura, porque la produccion es demasiado lenta, y esta es la causa primera de la decadencia progresiva del interés, ni el trabajo puede hacerse más productivo por la division, gracias á la fuerza de inercia siempre creciente de la naturaleza; momento supremo en que la adolescencia abre paso en la humanidad á la virilidad, en que la sociedad jadeante, en vez de esas inmensas oscilaciones que el monopolio y la competencia le hacian describir, sólo siente una vibracion imperceptible, en que la igualdad palpita en la desigualdad misma, y parece decir á la vida: ¡No irás más léjos! *Usque huc venies et non procedes amplius, et hic confringes tumentes fluctus tuos...*

Lo que hace más palpable la agravacion del trabajo; lo que bajo otro punto de vista podemos decir que no hace más que reproducirlo, son las exigencias de la educacion. Así como produccion y consumo son dos términos idénticos y adecuados, así tambien la educacion puede considerarse como el aprendizaje del trabajo y del bienestar. La facultad de gozar, como la de producir, necesita ciencia y ejercicio; puede decirse que, bien considerada, no es más que la facultad de producir, y que se puede apreciar el talento de un hombre y la variedad de sus conocimientos por el número y la naturaleza de sus necesidades. Para elevarse á la altura de la vida en la sociedad moderna, es preciso un inmenso desarrollo

científico, estético é industrial; y tan cierto es esto, que el improductivo necesita para gozar, trabajar casi tanto como el productor para producir. Si no bastan veinte años para la educacion del privilegiado, ¿cuántos necesitará cuando se convierta en trabajador?

De todas las clases productoras, la ménos laboriosa hoy es la de los agricultores, y por eso será también la última que llegue á la igualdad. En todas las demás esferas de la actividad, en el comercio como en la industria, el trabajo ha llegado á un extremo tal, que no puede soportar la menor agravacion; pero en cambio, yo me atrevo á decir que la igualdad es en ellas inminente, supuesto que con pequeñísimas diferencias existe ya entre los trabajadores, y que los únicos individuos que constituyen una excepcion, maestros, capitalistas, empresarios, la parte aristocrática, en fin, no excede del 5 por 100; y áun así, el abajamiento de estas cabezas elevadas no es una dificultad para nadie.

Por todas partes se levanta una queja inmensa y lúgubre contra el exceso del trabajo; por todas partes el obrero se declara en huelga pidiendo aumento de salario y reduccion de las horas de trabajo, cosa perdonable al obrero que no sostiene ninguna tésis y se limita á protestar por medio de la fuerza de inercia contra el embrutecimiento y la miseria; pero cosa deplorable en los economistas filántropos que, predicando la necesidad del trabajo, sostienen con sus estúpidas compasiones la aversion á ese mismo trabajo, y parece como que dicen al obrero á quien debieran empujar hácia adelante: ¡BASTA YA!

¿Y cómo evitar la miseria si no podemos producir más? ¿De qué modo continuaremos la obra penosa de la civilizacion sin un aumento de riqueza, es decir, sin un aumento incesante de trabajo físico ó in-

telectual? ¿Cómo destruiremos el pauperismo disminuyendo la produccion y aumentando el precio de las cosas? Cuando el proletario, excitado por jefes cuya ignorancia parece ser un título más á la popularidad, haya creado la carestía y la escasez por medio de las huelgas, ¿quién pagará por él? Si en la situacion extrema en que nos encontramos, todo aumento de salario y toda disminucion en el precio de las cosas se hizo imposible, ¿no es este un signo de que la revolucion está próxima, y que está cortada la retirada?

Yo desearia extenderme algo más sobre este hecho grandioso y verdaderamente profético de la agravacion incesante del trabajo; pero me falta tiempo, y si no me equivoco, el lector espera de mí más bien una solucion que una demostracion en regla. La demostracion, él se encargará de hacerla... Si es, pues, una ley de la economía social que el trabajo, por el hecho mismo de su division y por el auxilio que recibe de las máquinas, en vez de reducirse para el hombre, se agrave siempre; siendo limitada nuestra vida y estando nuestros dias contados, se deduce que siempre se nos pedirá más tiempo por un mismo aumento de trabajo; que el período necesario para cuadruplicar la riqueza y doblar la poblacion se prolonga indefinidamente, y que llegará un momento en que la sociedad, marchando siempre, permanecerá estacionaria.

Pero... ¿cómo la lentitud de la produccion, hija del aumento mismo del trabajo, se vuelve sobre la poblacion? Esto es precisamente lo que nos falta examinar.

Parece probado que la misma fuerza, el mismo principio de vida que preside á la creacion de los valores, preside también á la reproduccion de la especie. El lenguaje primitivo, prueba la intuicion de